

IX. Comentario sobre el ser humano del futuro

En los remotos comienzos de nuestra especie, cuando las primeras mujeres y hombres dominaron el fuego, regalo de los dioses, ya pudieron separarse de condiciones que los mantenían en una especie de sueño: el temor del cuerpo. Temor a la oscuridad, al frío, al hambre, al peligro de ser atacado; básicamente temor instintivo al dolor del cuerpo.

Ese fuego externo fue disipando de a poco las sombras de aquel temor del cuerpo. Pudo iluminar la oscuridad de la noche, alejando los fantasmas del peligro; pudo alejar el dolor del frío sentándose entre compañeros alrededor de una fogata.

Imaginemos, o mejor dicho, recordemos profundamente, mucho más allá de nuestro nacimiento... sentémonos entre ellos compartiendo una comida, tal vez simple, rústica, pero reconfortante... qué sintieron aquellos compañeros, que se aventuraban en una nueva era, sin siquiera sospecharlo... qué sintieron al mirarse entre ellos por primera vez las caras, sin el apuro de tener que escapar de alguna fiera, y al reconocerse por primera vez los unos en los otros... ¡Cómo no reír con ellos, cómo no reír fuerte con aquellas hijas e hijos del fuego externo, frente al absurdo de ésta curiosa existencia!

Aquel fuego externo ayudó a despertar del sueño instintivo al ser humano, entonces emergieron de él nuevos sentimientos y nuevos pensamientos. Y con el tiempo fue usado este fuego para dominar la naturaleza del cuerpo, para manejar la naturaleza del mundo. El mundo cambió. Y por crecer es que fue encontrándose con nuevos condicionamientos, con una nueva oscuridad que lo asechaba desde el vacío... Fue descubriendo los límites del espacio perceptual y del tiempo de la vida... fue encontrándose con la muerte. El ser humano de aquel entonces iluminó la tierra y el cielo, y se encontró con la muerte observándolo.

Es la muerte la que motivó un nuevo tipo de dolor, una angustia de la mente: el sufrimiento. Y así frente a este nuevo enemigo aparentemente invencible, trató de escapar una vez más, trató de esconderse. Pero ya no había lugar de la Tierra en el que pueda esconder su cuerpo, la muerte estaba en su corazón. Y así es que fue escondiendo su mente de aquello que le recordara a su inmaterial y poderoso enemigo. Pero con esto también fue escondiendo a la mente de sí misma; fue escondiendo a su poderosa interioridad, de la mirada interna, quedando convertido en cáscara seca y vacía. Y volviendo a dormir se llenó de deseos y sentidos provisorios que le permitieran anestesiar la mirada y correrla de la atracción de la muerte. Y así permaneció por las edades, dormido el dios que anida dentro de la especie.

Entonces, como meteoritos del cielo, que enviaran aquellos dioses, los grandes Guías trajeron las doctrinas del Despertar y fue escuchada a veces por un tiempo, a veces por instantes, o a veces ignorada. Pero pronto el ser humano volvía a su plácido sueño, olvidando una y otra vez aquellas palabras. Y así cada vez fueron conservadas durante

un tiempo esas enseñanzas, entre las cenizas de lo que una vez fuera un gran fuego. Y ciertamente que es bueno saber conservar algunas brasas útiles para seguir adelante, cómo no: aprendamos a conservar el fuego sagrado que nos han traído los grandes Guías. Pero tanto mejor es para el ser humano, aprender a producir ese nuevo fuego interno...

Y entonces: cuál será ese fuego interno que permita ahora al ser humano dar un vistazo en la noche de la muerte, en la profundidad de la mente. ¿Seguiremos esperando los regalos de los dioses o iremos a buscar el fuego interno? Cómo haremos para encontrar y conservar, más aún, cómo haremos para producir esa experiencia que traiga luz y disipe los temores y el sufrimiento para siempre.

Sin duda que al dominar el fuego interno, el mundo y el ser humano mutarán profundamente. Sin duda que la luz de la conciencia podrá proyectarse y romper los límites de espacio y de tiempo...

Volemos... volemos ahora con ese ser humano nuevo, demos una mirada... Volemos juntos con ese ser humano del futuro reunidos frente a la gran luz del fuego interno, reunidos alrededor del Centro Luminoso, fuente de toda Vida y conciencia.

Cómo será ese ser humano, cómo será su mundo. Cuáles serán sus motivos y su sentido. La actividad del nuevo ser humano ya no será la fuga de la muerte. La fe de este nuevo ser humano, mutado profundamente, estará basada en experiencias y no en creencias e ilusiones. Cómo se usará ese nuevo fuego interno, ¡cuántas posibilidades tendrá el desarrollo! Cómo será su ciencia, su arte, su filosofía y su mística... ¿O tal vez todo se sintetice y surja un nuevo trabajo que sea ciencia-arte-filosofía-mística a la vez? Este Trabajo es lo único que el ser humano futuro va a realizar incansablemente mientras se divierte, crece y sigue transformándose.

Este nuevo ser humano, modelo profundo de la especie, ya vive dentro hoy mismo. Estamos al comienzo de una nueva era que todavía ni siquiera sospechamos. Pero el ser humano del futuro no se deja ver fácilmente, salvo por breves encuentros en los que el humano mortal puede sorprenderse, hasta asustarse pánicamente como lo haría un animal acorralado, frente a un ser que blande palos con fuegos en las puntas. ¿Cómo podría explicar aquel ser humano de los comienzos, al cervatillo amenazado por lo desconocido, el movimiento de los astros, o de los átomos?

Pero volemos nuevamente con los futuros hijos del fuego interno, y reunidos alrededor de la gran luz, reconozcamos sus rostros en nuestro interior... ¡Cómo no reír en un arrebató de emociones y pensamientos nuevos, frente al absurdo de la muerte!